



e S

h O y

d Y s P e N s e d A

N.º 86

Domingo 20 de Diciembre de 1856

4 QUROS

INOCEN- SE TURIA, TADA.

INTERESES DE PERIODICO, RECREO DE MATERIALES AVISOS DE Y.



DESPEDIDA.

A Dios, lectores, me despido de vosotros haciéndoos reir; quiera el cielo que el año venidero me despida haciéndoos llorar: de esta manera habrémos vivido vosotros y yo cuatro estaciones mas.

Seccion de anuncios.

Al salir del baile del Casino una señorita, jóven como de unos 19 siglos, perdió la torre de San Martin, que llevaba por pendiente; y como hace juego con la del Salvador, el pendiente compañero, y con la Plaza de toros que servía de collar, y con el puente del Cubo que á manera de pulsera adornaba el antebrazo de la encantadora señorita, suplica esta al que haya encontrado la perdida alhaja se sirva remitírsela por el telégrafo.

La Nevera que, como todos saben, es una muchacha robusta, desea colocarse para nodriza en alguna buena casa: tambien criaría el niño en la suya si conviniese.

A las tres de la tarde del dia de mañana se celebrará la subasta de las importantes obras que han de egecutarse en los Arcos, que consisten en las magníficas puertas cristales que han de colocarse en cada uno de ellos á fin de proporcionar á la Nevera el abrigo que necesita en este invierno: celebramos este pen-

samiento digno, que si se lleva á cabo con felicidad dará al Barranco un aspecto pintoresco.

Corre muy valida la voz de que va á abrirse un café delicioso en la cumbre del cerro de Santa Bárbara aprovechando el empresario la circunstancia de ser la temperatura la mas á propósito del año para los aficionados. Le aseguramos desde luego un buen éxito.

Seccion local.

¡INOCENTES!!

Dejad, lectores, que en este dia os felicite con toda la efusion de mi alma, dejad que el Editor del Turia tenga un dia buen humor en cambio de los muchos que en el año que va á finar ha pasado acosado de esplin.

No os enfadeis por que gaste con vosotros esta inocente broma, y os trate con la inocencia que conviene á vuestro carácter, celebrando de este modo el hermoso dia del santo de vuestro nombre.

Porque, fuerza es decirlo, la inocentada no puede estar mas en su lugar tratándose de un Editor como yo, de

un periódico como el Turia y de unos suscritores como vosotros; ¿pero que os dié yo en este día? Yo que soy tan inocente;....

Lo que son las ideas; la última frase me ha proporcionado el material para mi artículo; parece increíble la rapidez con que los pensamientos se suceden: yo soy inocente—tu, lector, eres inocente—el Turia es inocente,—nosotros somos inocentes—vosotros sois inocentes;—todos los hombres son inocentes.

Preterito imperfecto. ... pero á donde iré á parar, si trato de conjugar todo el verbo? con el presente de indicativo tengo que me sobra para un artículo.

¿Quién mas inocente que yo que me he creído suficientemente rico, y sufi-

cientemente instruido para publicar un periódico de intereses materiales, de recreo y de avisos, en Tercel donde cada cual comprende á las mil mara-

villas, la materialidad de su interés particular, tiene en su casa elementos propios de recreo, y no tiene absolutamente necesidad de avisar nada á nadie? ¿Puede darse un rasgo de inocencia mas grande que el prospecto que hace pocos dias he circulado haciendo diario el periódico que á fuerza de afanes he podido sostener publicándolo dos veces por semana? ¡Inocente de mí que no cuento para mi empresa con otra cosa que con un buen deseo por mi parte y con la ventajosa opinion que tengo del público!

Está decidido, pues, que yo soy un inocente.

¿Y tú lector, quien dudará de tu inocencia si te ve leer este artículo? Bien inocente por cierto si has llegado á figurarte que con su lectura tendrias un rato agradable!!

Ya ves si con justicia te puedo llamar inocente.

El Turia, caro lector, es inocente por varios títulos: 1.º por que es hijo mio

y ya es axioma muy antiguo aquello de: *qualis est pater talis est fillus* 2.º por que el pobrecillo aparece en público tan de tarde en tarde, como el mas austero colegial del seminario; ademas pasea las calles con tal mesura y tan modestamente, que es imposible que á nadie perjudique su aparicion: es inofensivo como un cerbatillo, manso como un cordero, y si alguno preguntara ¿en qué se parece el Turia á una paloma? podría contestársele: en que no tiene hiel.

Queda consignado, por consiguiente, que el Turia es inocente; y reasumiendo; yo inocente, tu inocente, y el Turia tam-

bien, podremos afirmar, sin temor de equivocarnos que nosotros somos inocentes, como tambien que lo sois vosotros, esto es el Turia y tú.

Ahora falta probar que todo el mundo lo es; lo cual me parece bastante sencillo si miramos los hombres bajo el verdadero punto de vista, Los hombres! tiende la vista lector, querido: tiende la vista en el inmenso círculo que constituye la humanidad, y tendrás que cerrar los ojos para no ver tanta flaqueza; tanta miseria. Dirige una mirada en tu redor y podrás contemplar la inocencia humana disfrazada de mil y quinientos modos: verás viejos que

buenamente se creen en la primavera de su vida, niños que están persuadidos que son hombres, y jóvenes que alternando en sus papeles fingen ser niños por no parecer viejos y se hacen viejos por no parecer niños ¡inocentes inocentes!!

Verás mugeres feas que no lo creen, y honitas que aparentan no creerlo; niñas que quisieran ser mugeres, y mugeres que quisieran ser niñas á pesar de que dicen lo contrario: ¡Inocentes!

Verás solteros que aparentan un amor que no tienen, y solteras que escuchan con gusto palabras que no creen: casados convencidos de la inocencia de sus mugeres, y mugeres que hacen alarde de los vicios de sus maridos, viudos que se alegran de serlo, y viudas que

sienten que tal estado se prolongue mucho tiempo: inocentes!

En fin, verás que si bien se mira, son inocentes, los que critican en otros vicios que ellos tienen: los que admiran en los demás las virtudes de que carecen: los que en misa se dan fuertes golpes de pecho y en su casa los dan en las espaldas de su mujer: los que dan 4 rs. á un pobre y prestan dinero al 100 por 100: los que se presentan en sociedad y hacen el burro echándola de calavera: los que presumen de buenos mozos aunque lo sean: los que hablan mucho aunque hablen bien: los que creen que se dan importancia no hablando nunca: los que se escuchan á sí mismos: los que se creen sábios sin serlo: los id. aunque lo sean: los que sacrifican su comodidad á las exigencias de la moda: los que creen en protestas de amistad: los que no han cumplido tres años: los que ponen á la

lotería: los que esperan ser mas dichosos el año que viene: los naídos que ajustan cuentas á la mujer: los que tienen fé en un entres: los que se creen precisos, los que gastan su tiempo en hablar de política: los que echan cuentas sin dineros: los que refieren á otros conquistas amorosas que no han hecho; los que cuentan cuentos creyendo divertir al auditorio: los que hacen alarde de su erudicion: los que se dedican á descifrar charadas, los que están con la boca abierta contemplando las operaciones de un jugador de manos: los que adulan á un hombre sensato: los que se pagan de adulaciones: los que creen á puño cerrado en las glorias póstumas: los que escriben versos con el fin de hacerse célebres: las mamás que creen en el candor de sus niñas: los papás que están persuadidos de que las gracias de sus hijos hacen gracia á los demás: los que

(240)

ble superioridad de que os ruego que habléis.

Todos volvieron á mirarse entre sí. El hombre de la sátira se inclinó cortesmente hácia la señorita Fonteral, porque la señorita Fonteral era la que acababa de hablarle.

—No tengo la fortuna de comprenderos, señorita, murmuró el Conde.

—Realmente es muy poca fortuna para un talento como el vuestro, contestó la hija del médico de Lyon, el que no comprenda lo que todos comprenden, lo que todos saben, lo que todos ven.

La tertulia procuraba no perder una sílaba. El Conde la miraba confuso.

—No os comprendo tampoco, mi amable señorita Fonteral.

—La extrema cortesía con que tratáis, amigo Conde, parece imponerme la obligación de facilitar vuestra memoria. Conde de Forfrais, quiero que me otorgueis la gracia de ser en esta noche vuestra cronista

—Hablad, mi amable señorita Fonteral, hablad!—Esto lo decía el conde casi turbado.—La tertulia ignoraba el por qué.

(237)

yo quisiera vivir desgraciada, es primero el conde de Forfrais.

El júbilo volvió á brillar en los ojos del viejo.

Vino el día siguiente, y otro personaje de la tertulia tuvo conferencia secreta con el primer médico de Lyon.

El anciano llamó luego á la niña.

—El rico banquero Fourtoul intenta requerirte en matrimonio.

—Hacedme la gracia de poner en su conocimiento que es primero el duque de Calais, cuando tuviera que elegir entre ambos.

El júbilo brillaba por tercera vez en los ojos del médico.

Cuando estas cosas sucedían, la tertulia de la señorita Fonteral se había aumentado con dos concurrentes: el primero con el hijo único de una casa notable de París, caballero jóven, educado, verdaderamente modesto y culto: el segundo llamaba en extremo la atención de toda la tertulia, como si fuera un espectáculo curioso. ¡Pobre hombre! Era Gerónimo Luis, conde de Arlés: el hombre sin cejas, el hombre-fenómeno.

habían muy fuerte creyendo así tener mas razon; los que por cualquier concepto hacen oposicion á quien puede mas; los que encierran su honor en el cañon de una pistola; los maridos celosos; los que cifran su felicidad en la posesion de las riquezas; los que prodigan su oro con la recta intencion de ganarse amigos; los que creen todo lo que leen y tres cuartas partes de lo que les dicen; los que fundan su nobleza en pergaminos mas ó menos viejos; y los que escriben artículos como este fiando en la indulgencia de los lectores.

Ahora bien: ¿habrá algun hombre en el mundo que no esté comprendido en la clasificacion anterior? Si por desgracia hubiera hoy un segundo Herodes, puede asegurarse que el mundo quedaría despoblado, por que, bien considerado, son bien inocentes los hombres que, poniendo en juego todos los re-

sortes de su perversidad y de su malicia, procuran engañarse unos á otros engañándose á sí mismos, y cualquiera que piense en otra vida de justicia y de verdad, en la cual no tendran lugar el dolo y la hipocresía, no podrá menos de convenir conmigo que la vida humana es una no interrumpida inocentada, y el mundo no es mas que una inmensa escuela de párvulos.

ESTO NO ES BROMA.

Con el fin de completar el 1er. tomo del folletin, daremos gratis á nuestros suscritores las páginas que faltan para poder encuadernarlo, pues en el año inmediato saldrá el Turia con mayores dimensiones, y queremos principiar con el magnífico poema del Hombre feliz.

Imprenta de D. Pedro Pablo Vicente.—Editor.

(238)

III.

El pie derecho del conde de Forfrais

Pasaron muchos dias. El jóven de París conferenció con el anciano médico sobre un matrimonio convenido. La señorita Fontental no era quizá libre á la sazón.

Llegada la hora de la tertulia, el conde de Forfrais quiso hacer gala de su genio satírico, y cuando notó que la sala de estrado se encontraba en su lleno, murmuró unas palabras al duque de Calais.

El jóven duque exclamó con tono festivo:

—Hablad, hablad.

Luego añadió, dirigiéndose á toda la tertulia:

—Señores, el conde de Forfrais desea recrearnos con su acostumbrada erudicion.

Muchas voces dijeron á la vez.

—Que hable, que hable.

El conde de Forfrais vió la hora del triunfo coronado de flores.

—Quería suplicar á uno de nuestros contertulios, dijo muy despacio, que no estaviese triste.

(239)

Todos los tertulios se miraron recíprocamente.

—Hablo, prosiguió el Conde, con mi querido amigo el de Arlés.

El de Arlés le miró con calma como si adivinase la intencion de Forfrais: el viejo médico le miró tambien contra su costumbre.

—Deseo que mi querido amigo el de Arlés, repitió el Conde, no esté preocupado, como parece que lo está, porque ello es que tiene una ventaja grande sobre nosotros.

Todos callaban como muertos: el Conde dijo luego con mas entonacion.

—Indudablemente, señores: tiene sobre nosotros la envidiable superioridad de que las cejas no le estorban para mirar al cielo.

El de Arlés se soureía con la mas perfecta naturalidad. La mayoría de la tertulia aplaudió disimuladamente el chiste del Conde.

—Teneis razon, Forfrais! Exclamaba una voz mas dulce que las otras. El conde de Arlés tiene sobre nosotros la superioridad de que habeis hablado, y el Conde de Forfrais tiene sobre el de Arlés otra envidia-